

Así, pues, la familia imperial había sido ahogada en la sangre, el Cristianismo olvidado en las catacumbas, la nueva Roma vencida con Pison, y la Roma estóica con Tráseas; Neron había visto á sus piés los sólidos cimientos de la Roma imperial, el suelo hollado por Tiberio y por Cayo; todos sus íntimos amigos le empujaban sin cesar por el camino resbaladizo de la persecucion. Ya había excedido á Tiberio; tenía la misma sed de dinero y de venganza, y locuras insensatas, muchas ambiciones y muchos rencores, que Tiberio hubiera dominado, pero que dominaban á Neron. Se había roto el yugo de aquellos procedimientos sutiles que Tiberio respetaba como hombre legal en apariencia: Neron tenía procuradores mas hábiles que su tío; comprendía perfectamente lo que eran las leyes de lesa majestad. Cualquiera hecho, cualquier palabra que se denunciaba era un delito; y cuando faltaba un delator se castigaba como si lo hubiera; un aviso dado por el tribuno, una hora de intervalo y la eleccion de la muerte eran todas las formalidades del proceso. Si el acusado se resistía á morir, los cirujanos imperiales acudían á « tratar al enfermo. » Con ménos fórmulas aun la espada y el veneno iban derechos á su objeto; y de este modo pereció el liberto Pálas, porque era demasiado rico y demasiado viejo; del mismo modo un tal Torcuato fué muerto porque se arruinaba, y porque para salir de apuros debía conspirar necesariamente.

Aunque Neron aconsejaba el suicidio por clemencia y se practicaba por costumbre, no era esto bastante: y los jurisconsultos de la corona habían encontrado un remedio legal para la antigua facilidad de asegurar la herencia á los hijos suicidándose. El proscrito que se mataba era evidentemente ingrato para con Neron, y este era un título de nulidad del testamento. Para conservar una escasa porcion de sus bienes á sus herederos, era preciso dejar mucha parte de ellos á Neron y á Tigelino, no bastaban ya los legados, se quería también la adulacion; por lo cual los testamentos de los proscritos eran miserables elogios de sus verdugos, y hasta en la hora de la muerte aquellos desgraciados no podían evitar el servilismo: queríase la adulacion, queríanse también el espionaje y delaciones póstumas que designasen nuevas víctimas. Y si no las había, Tigelino, provisto del sello de las víctimas y dueño de sus cartas, sabía hallarlas. Y así los muertos temblaban, rogaban, adulaban y denunciaban como vivos. Parad vuestra atencion en esto y comprended lo que es la astucia de la civilizacion combinada con la ferocidad de la barbarie, y cómo estaríamos si un acontecimiento *fortuito* no hubiese interrumpido la marcha natural y progresiva del mundo en este camino de civilizacion sin moralidad. Desde entónces ya no hay mas que triunfos para Neron. Aun no está frio el cuerpo de Tráseas, y desde las puertas del Senado donde la plebe esperaba la sentencia,

corre á las puertas de la ciudad á recibir al rey de Armenia que viene á rendir homenaje á la supremacía universal del César. El Parto Tiridates, humillando las armas romanas, había expulsado de Armenia al príncipe colocado en el trono por Neron, y Neron lo consentía con la esperanza de una gran fiesta. Y á fuerza de tratos, de ruegos, y gracias al temor inspirado por Corbulon, Tiridates se resolvió á reconocer la soberanía romana, á deponer su diadema á los piés de la estatua de Neron, obligándose á ir á recibirla de las manos de César. Llegó, pues, por tierra despues de nueve meses de viaje; porque la religion de los magos le prohibía contaminar el mar. Atravesó toda la Italia á caballo, rodeado de sus hijos, de sus sobrinos los príncipes partos, y de trescientos caballeros con sus mujeres á caballo al lado, que llevaban oculto el rostro con una celada de oro. Todas las ciudades le recibieron triunfalmente á costa de Neron; cada jornada costó 800,000 sextercios (160,000 fr.), suma que pareció exorbitante á Suetonio.

Neron le salió al encuentro en Nápoles, le condujo á Roma, que iluminada y cubierta de flores conspiraba á las fiestas preparadas. Despues Tiridates partió, llevando 100,000,000 de sextercios que le había dado Neron, despreciando al príncipe que había visto representar en el teatro y correr en el circo como un áuriga; sin poder comprender, lo mismo que nosotros, cómo el viejo romano, el rígido soldado Corbulon fuese humilde súbdito de este cómico. La despótica monarquía de Oriente no le había revelado el secreto del incomprendible servilismo de los Romanos, y dijo á Neron: *Tienes un excelente esclavo en Corbulon;* pero el emperador no comprendió la ironía de estas palabras.

Roma ha visto ya bastantes veces los triunfos de Neron; Grecia, patria de las bellas artes, le necesita así como él á ella; todos los dias van diputados de las ciudades á llevarle coronas por los combates que no ganó, y él los admite á su mesa y canta delante de ellos. El carácter griego, ingenioso y servil, sabe hallar aun nuevas adulaciones, cuando Roma creía haberlas agotado todas, y Neron atónito exclama: « Solo » los Griegos saben comprender; ellos solo son » dignos de mí y de mi talento. » Y ya una vez estuvo á punto de partir para Grecia, á recorrer los templos, despidiéndose de sus inmortales antecesores, cuando le atacó una gran debilidad; y asustado de este presagio declaró que le costaba mucho abandonar el amor de su pueblo. Pero hoy ¿qué presagio contristarà su felicidad? Elio, su liberto, basta para gobernar á Roma y seguir tranquilamente el ya conocido camino de las proscripciones: Elio tiene todas las facultades de Neron; él derramará sangre; Policeto se apoderará de los bienes; Roma puede consolarse de la ausencia del César.

Neron recorrió todas las ciudades homéricas, humilladas hoy servilmente bajo el cetro de

un Osco ó de un Sabino: entra en todas las lides; toma parte en todos los combates, siempre vencedor; hasta en Olimpia, donde el señor del mundo cayó de un carro de diez caballos y despues demasiado conmovido no pudo continuar; pero á pesar de esto fué proclamado como siempre: « Neron César, vencedor en este » combate, da su corona al pueblo romano y al » mundo entero, que es suyo. » Ni en lo presente ni en lo pasado debe tener rivales; las estatuas de los vencedores antiguos son derribadas, arrojadas en el lodo, arrastradas á las cloacas. El atleta Pammenétes, despues de numerosas victorias, vive retirado, viejo, débil; pero debe volver á presentarse en la arena; Neron quiere disputarle sus coronas, y despues de haberle vencido, tendrá derecho para romper sus estatuas.

En Corinto, César recuerda la imposible abertura del Istmo; y delante de los pretorianos formados en batalla sale de un pabellon levantado en la ribera, arenga á los soldados, canta un himno á Anfitrites y á Neptuno, y bailando recibe de mano del procónsul un zapapico de oro, hiere tres veces el suelo, y recoge algunos granos de tierra que lleva en una cesta entre las aclamaciones del pueblo. Millares de hombres trabajan despues de él, soldados, esclavos, condenados, seis mil Judíos hechos prisioneros por Vespasiano, bandidos llevados desde el lugar de su destierro, delincuentes salvados del patíbulo con tal que concurriesen á la gran obra del emperador. En sesenta y cinco dias se abrió un canal de cuatro estadios, es decir, la décima parte del trabajo, cuando llegó la orden para suspenderle. Elio llama á Roma á su soberano, diciendo que se trama una conspiracion, arrebatándole así á sus triunfos.

Neron se despide, pues, de Grecia; la proclama libre, exenta de impuestos; enriquece á los jueces que le habían coronado. Es verdad que la arruinó con su viaje, que hizo subir todas las mercancías á un precio excesivo, que despojó los templos, que les quitó quinientos de sus dioses, que sacó el dinero á los ricos, los cuales podían tenerse por dichosos si no les mandaba dar muerte; porque la falta á un espectáculo, los aplausos escasos, y la poca admiracion fueron delitos capitales. Pero ¿es mejor tratada Roma, su patria? Cada correo de Elio lleva la noticia de un suplicio. Neron por su parte de cuando en cuando hace dar muerte á algun desterrado que encuentra, ó á sospechosos que llevó consigo, y hasta á dos hermanos porque su union parece una conspiracion patente á él, asesino de Británico. Á su vuelta estuvo á punto de ahogarse naufragando. En Italia se creyó así y se manifestó una alegría que él supo vengar. Sin embargo, el Senado temiendo verle volver, le llamaba con toda la efusion de su celo, é institua en honor suyo mas fiestas que dias tiene el año. La ociosa Nápoles le recibió primero; y Roma, adornada con mil ochocientas columnas que trajo de Gre-

cia, vió llegar á Neron en el carro triunfal de Augusto, acompañado del músico Diodoro, con manto sembrado de estrellas de oro, con el olivo olímpico en la cabeza y el laurel pitio en la mano; y detras de él la chusma que le aplaude en el teatro, los cinco mil augustales, de espléndido traje, de perfumado cabello que se proclaman soldados de su triunfo. Á su tránsito es derribado un arco del circo máximo; á derecha y á izquierda se sacrifican víctimas á su divinidad; el suelo está cubierto de azafrañ, y á su paso se arrojan pájaros, flores, pedazos de púrpura y confites; el Senado, los caballeros y el pueblo le aclaman cadenciosamente: « Viva el vencedor de Olimpia, el » vencedor de los juegos pitios, Neron César, » nuevo Hércules, nuevo Apolo, el único que » en los siglos ha vencido en todos los juegos. »

Y verdaderamente aquello era un triunfo. Había sido descubierta últimamente y castigada otra conspiracion; el templo de Jano estaba cerrado; Corbulon, vencedor del Oriente, llamado á Grecia con falsas palabras, recibió orden de matarse, y se dió la muerte exclamando: *La he merecido.* ¿Qué, pues, podía ya temer Neron? ¿Qué César había tenido á Roma tan humillada bajo sus piés? ¿Quién había colocado mas alto sobre el trono y sobre el altar sus propias locuras? Acaso el triste y viejo Tiberio, que no gozó ninguna de las delicias del poder; ó el grosero Calígula que empleó tres años en representar algunas farsas reales y guerreras para dejarse degollar miserablemente en la sala de baño? ¿Será acaso el imbécil Claudio, máquina de diplomatas y de sentencias? ¿Qué son estos al lado del virtuoso, del orador, del poeta, del gladiador, del universal Neron, que fué doce años señor del mundo? Si por excepcion alguno protestaba con un valor inútil en favor de la dignidad humana, nunca la mayoría había humillado tanto su frente en el polvo como ante el discípulo de las dos disipadas Lépida y Agripina, delante de aquel cerebro mal construido que no tuvo idea verdadera de nada, delante de este bribon deificado.

Si se le acaba el oro, si el erario está exhausto, si las astucias del fiscal, expediente supremo de los emperadores necesitados, si gruesas multas contra los testadores ingratos que no habían dejado nada á César, si todo esto no basta, los dioses acudirán en su auxilio. Un Africano soñó que, bajo su campo, había inmensas cavernas llenas de barras de oro, que eran un tesoro de la reina Dido, custodiado por la Providencia para César. Una escuadra entera partió para recoger esta riqueza; un pueblo de soldados y trabajadores cava y recorre el campo del Africano; ya los poetas cantan la gloria de Neron, en favor del cual hacen nacer los dioses en el seno de la tierra el oro hermoso y purificado, y Neron, confiando en el sueño, gasta con mayor profusion que nunca los pequeños tesoros que serían reempla-

zados con el colosal tesoro subterráneo. Cuando despues de tanto buscar no fué encontrado, el Africano no tuvo mas recurso que matarse (1).

Los dioses carecen de palabras; pero los espías harán sus veces; las acumulaciones de propiedades, que se habían hecho en los últimos tiempos de la República, ayudan admirablemente el género de exacción que usaban de los delatores. Las vastas posesiones perdieron á la Italia, y ya pierden á las provincias, dice Plinio (2); y el suplicio de seis grandes propietarios puso á Neron en posesion de la mitad de Africa; dió 7.000.000 de sextercios al delator que hizo condenar á un Craso; tales fueron las riquezas que adquirió por este medio.

Neron entonces prodigó estas riquezas; á ti, gladiador, la casa de este cónsul; á ti, músico, el patrimonio de este conquistador. Acudid, favoritos, cortesanos, pantomímicos, convidados al banquete de esta confiscacion. Hasta sus esclavos tienen huertos y piscinas: uno de ellos que fué intendente de ejército, se libertó por trece millones (2.600.000 fr.) En su reinado Neron distribuyó á sus amigos mas de 400.000.000 de francos.

Sin embargo, algo falta á Neron. La pasion de lo imposible no habia invadido solamente á los césares, sino á todos los Romanos, á cada uno en su esfera.

Todos los trabajos de una civilizacion de cinco ó seis siglos, en Grecia, en Italia, en Oriente, trabajos llenos de genio, pero sin moral ni verdad, no consiguen mas que hacer formar sueños quiméricos á algunos miles de ociosos romanos, á inventar nuevas extravagancias é infamias nuevas, nuevos alimentos á una curiosidad sobrehumana, un egoismo divino y un materialismo trascendental que nada puede satisfacer en el mundo. Neron está poseído sobre todo de esta pasion; nada le conmueve por ser grande y bello, sino por ser inaudito y monstruoso. ¿Qué es para él la profusion y el lujo? No ponerse dos veces el mismo vestido, pescar con anzuelos de oro y cordones de púrpura, jugar 400 sextercios cada vez que se tira el dado, tener para sus histriones máscaras y cetros de teatro cubiertos de perlas; esto es, ser rico y nada mas. Los amigos le dan por órden suya banquetes en que gastan 4.000.000 de sextercios en coronas de seda perfumadas. ¿No tenia Pópea mulas con herraduras de oro, y no le seguian quinientas burras para llenar con su leche el baño en que iba á buscar la frescura de su carne? ¿No le ha enseñado Oton á perfumarse las plantas de los piés? Y cuando el viejo Oton cenando en casa de César, habia tenido la cabeza cubierta de preciosos perfumes, al dia siguiente César cenando en su casa, ¿no habia visto por todos lados tubos de marfil y de oro que derramaban sobre él una lluvia vaporosa y fragante (3)?

(1) TÁCITO, *Ann.* XVI, 4; SÜETONIO, 34.

(2) XVIII, 6.

(3) PLUTARCO, en *Galba*.

Neron es el primer artista de su siglo; los altares están cubiertos de pebeteros en honor de su hermosa voz; representa todos los papeles de héroe, de dios, de hombre, de mujer, hasta de mujer embarazada, y pare en la escena; á falta de otra encuentra una ambicion mas digna y manda buscar las fuentes del Nilo; medita una expedicion contra la Etiopia; prepara un ejército en las Puertas Caspias para someter á los pueblos desconocidos del Cáucaso; bajo el nombre de falange de Alejandria, se forma una legion de hombres de seis piés de estatura; pero todas estas cosas son cosas humanas. Mas Neron es dios; el Senado le decreta altares para que se eleve sobre toda grandeza humana (1). Es dios; los poetas le cantan con aquel exceso de declamacion y de hipérbole, propias de un alma servil y de una poesía degradada. « Cuando » concluyas tu carrera, subirás á la celeste bóveda... Y ya querrás tener el cetro de los cielos, ó nuevo Febo, dar luz á este mundo para » que no se aflija por haber perdido su sol; no » hay divinidad que no desee cederte el puesto, » y la naturaleza te dejará elegir el dios que » quieras ser, y dónde has de colocar el reino » del mundo. No te coloques en un extremo » del universo, porque el eje perderia el equilibrio, y sería arrastrado por tu peso; elige » el punto medio del éter, y allí que no ofusque » el cielo puro y sereno con alguna nube la luz » del César. »

Así hablaba Lucano, el filósofo, el admirador de Pompeyo y de Caton, cuando Neron le dejaba leer en público sus libros. Verdad es que despues, cuando su poesía fué confinada en el silencio del gabinete, aquel mismo Lucano declamó contra la divinidad de los tiranos, censuró el envilecimiento de los pueblos que « ignoran que les fué dada la espada para que ninguno fuese esclavo, » y conspiró con Pison para enviar al dios al Olimpo. Á lo ménos la delicada adulacion de Horacio ocultaba, bajo una nube de poesía mitológica, todo lo que tenia de repugnante la divinidad de Augusto; pero la adulacion de las épocas degradadas del imperio, sin límites ni pudor, y tanto mas cuanto que se adulaba sin talento y sin fe, exagerándolo todo porque en nada se creia y poniendo al hombre fácilmente en el lugar de la Divinidad porque no se creia en ella, tiene un carácter singularmente deplorable que se descubre desde las primeras líneas.

Neron, pues, cree en su propia divinidad. Un nanfragio le arrebató preciosos objetos, y dice: *Los peces me lo devolverán.* ¡El mundo se somete así á sus leyes! « Los príncipes antecesores suyos no supieron nunca todo lo que les era permitido hacer. » ¡Qué maravillosamente supo servirle el arte! No, « lo que él manda no puede ser imposible, y un Griego astuto que le ha prometido volar está perfectamente alimen-

(1) *Tanquam humanum fastigium egresso.* TÁCITO.

tado en palacio hasta que se convierta en pájaro. »

Las maravillas de su palacio no son bastantes para Neron. Roma se extiende hasta la embocadura del Tiber, y un ancho canal lleva las olas del mar á estrellarse contra las viejas murallas de Servio Tulio; una piscina inmensa, cubierta de una bóveda y rodeada de pórticos, se extiende desde el lago Miseno al Averno, receptáculo de las aguas templadas de la Bahía; mas allá hay un canal de ciento sesenta millas, suficientemente ancho para que puedan encontrarse dos naves, que atraviesa áridas tierras, altas montañas y las lagunas Pontinas para llegar al puerto de Ostia; empresa ruinosa cuyos restos apenas conocerá la posteridad. César, como dice Suetonio, tiene una pasion aturrida por la gloria y la inmortalidad. Igualó á Apolo en el canto y al Sol en guiar el coche; mas quiere ser tambien Hércules, y está preparado un leon con quien debe, en los primeros juegos, luchar solo y sin armas, matarle con la maza y ahogarle en los brazos.

En cuanto á sus hermanos los dioses, no hay dia que su orgullo no los insulte ó su debilidad no tiemble delante de ellos, escandalizando á Roma; á riesgo de coger una fiebre se baña en la sagrada fuente de Marte; pero teme los sueños y palidece ante los presagios.

Adoró por mucho tiempo á la diosa Sira, pero despues la retiró su favor, y se orinó en ella. Profanó el oráculo de Delfos, violó á una vestal, y substituyó á la degradada Astártes con una estatua pequeña de una niña que le dió como un talisman un plebeyo, y habiéndose descubierto poco despues una conspiracion, Neron la declaró la primera entre sus dioses y sacrificó en su honor tres veces al dia, pidiéndole la ciencia del porvenir.

Pero ni la impiedad ni la supersticion podrán hacerle olvidar la sombra de Agripina que le persigue con el encarnizamiento de las Furias. En las puertas de Atenas el recuerdo de Oréstes y de las Euménidas, en la puerta de Lacedemonia el nombre del austero Licurgo le detuvieron, en Delfos el oráculo le igualó á los Alcmeones y á los Oréstes parricidas, por lo cual Neron encolerizado confiscó las tierras del dios y cerró la cueva subterránea donde la sacerdotisa recibia la inspiracion. ¡Extraña mezcla de atrevimiento y de temor! El Senado le felicita, el mundo le adora, pero cuando llega á Eléusis y oye al heraldo que prohíbe sus misterios á los impíos y malvados, el parricida se retira sin atreverse á pedir la iniciacion.

Vuelve entonces su vista al Oriente, cuyas ciencias ocultas eran en aquella época objeto de una miedosa curiosidad. Tiridates le trae magos, y él quiere aprender de ellos la adivinacion por medio del aire, del fuego, de las estrellas, de los haces, de las lanternas, la evocacion de los muertos, la comunicacion con los infernos; conjura con ellos la sombra de Agripina, le ofrece sacrificios, inmola á los

hombres en sus experimentos, demostrando tanta curiosidad y entusiasmo en este estudio (1) como en el del canto, queriendo violentar á la naturaleza y elevarse sobre las leyes de la humanidad. Pero la magia es una quimera; su delito es uno de aquellos que la antigüedad tenia por inexpiable, y para los cuales de hecho no conoce expiacion alguna.

Así en esta sociedad que tenian por base el derecho absoluto del hombre sobre el hombre, y que se elevaba de esclavitud en esclavitud, se agitaba una perpétua orgía, los Seneciones, los Tegelinos, los Póppeas, el bufon Vatinio y toda la fastuosa servidumbre de palacio; orgía vulgar por monstruosa que sea, que pasa la noche rompiendo botellas é insultando á las mujeres, que en barcas guarnecidas de oro y de marfil recorre el rio teniendo á su vista una ribera cubierta de retiros infames, entre los convites del libertinaje, en que al fin de una cena de doce horas pasa de una mano á otra el cetro ensangrentado que gobierna el mundo, y en medio de ella, pero no superior á ella, un hombre tosco y desproporcionado, de cuello grueso, de piel manchada, de vientre prominente, de ojos verdes como el bronce, estúpidos, apagados, feroces, con pantuflas en los piés, con una espesa tela al rededor del cuello, un largo traje de banquete, estragado y rodeado de flores; en fin, una mujer. — Neron.

Tal era el mundo romano, la consumacion de toda la antigüedad; el culto de los césares es el último grado de la idolatria, es decir, de la adoracion del hombre y de la adoracion del mal.

El poder de los césares, nacido al mismo tiempo que el Cristianismo, como una inspiracion del mal supremo para combatir el supremo bien, fué un poder único en su esencia. Aquel trono en que sentado Neron oía llamarse dios, en que se proclamó repartidor de coronas, se presenta á mis ojos, por decirlo así, como el monte en que Satanas enseñando al Mesias todos los reinos de la tierra, le dijo: « Todo esto es mio; yo » te lo doy, si te postras á mis piés y me adoras. » Así como el Satanas de Milton que lleva en su seno todo el infierno, César, encarnacion del mal, lleva sobre su cabeza una triple corona de orgullo, de peligros, de remordimientos, que no ciñó tan dolorosa frente como la de Neron. Su inquietud y sus temores eran tan gigantescos como su poder, y como dice el poeta: « Se sentia apoyado en puntas vacilantes, y veía temblar bajo su peso el trono desde donde veía al mundo á sus piés. » Acercábase el momento en que la guardia pretoriana habia de enseñarle que « la espada desenvainada pertence solo al soldado, no al jefe (2). »

El mundo se cansaba ya, era preciso que su poder se desplomase, y esta expresion de Sue-

(1) PLINIO, XXX, 2; SÜETONIO, 34.

(2) *Scit non esse ducis, strictos sed militis enses.* LUCANO, *Jarsalia*, V.

tonio y de otros historiadores: «Después de haberle sufrido catorce años el mundo le abandonó (1),» se cumplió en la caída de Nerón.

¿De dónde podía provenir su ruina? ¿De los estóicos ó de los patricios? Estos eran impotentes para mantener una guerra civil. ¿Del pueblo de Roma, del Senado, del ejército, de las provincias? Examinemos el estado de estas clases, y especialmente del pueblo, incomprensible á primera vista en la historia del César, en que apareció ya faccioso, ya terrible, ora adulador, ora despreciado.

Sin embargo, ¿qué grandeza no ha tenido apologistas de buena fe y desinteresados? Un magnífico pasaje de Tácito nos presenta al pueblo romano dividido en dos clases (2), una que dependía de los senadores y caballeros, cliente de las casas grandes, comía su pan, pensaba como ellos, no necesitaba al César y por lo tanto le odiaba; otra que después que la aristocracia perdió su riqueza, no tenía más patrono que el César, le temía poco y por lo tanto le amaba; «desgraciada chusma de la ciudad, amante del circo y del teatro, ahogada por las deudas y puesta á sueldo de la corte:» gran punto de vista de los césares cuando el estado de su fortuna permitió á estos tener una política fija.

Por otra parte, Nerón es grande. En sus días buenos de benignidad, hacía economías y gastaba únicamente de su lista civil, mas crecida que las nuestras y que poco después fué valuada en más de mil millones (3): en un instante de calma regala á sus súbditos sesenta millones de sextercios al año; y no solo esto: pensó abolir todas las contribuciones indirectas, excepto las personales; además es grande, sobre todo cuando gasta de lo suyo, cuando en un día distribuye cuatrocientos sextercios por cabeza, y para que no padezca el crédito, hace llevar públicamente al tesoro cuatrocientos millones de sextercios (80 millones); cuando en varios días de fiesta arroja al pueblo millares de billetes de una lotería grandiosa en que todos ganan, unos ricas telas, otros cuadros, estos un caballo, aquellos un esclavo; y el que recibe un premio grande, perlas, piedras finas, barras de oro, y hasta naves, casas y tierras; y los menos afortunados, granos, pájaros raros y golosinas. Estos temen, pues, la ausencia de Nerón, porque entonces se encarece el pan y no hay espectáculos; y no se olvidan de los días perdidos en los asientos del teatro, ni de las reparticiones de trigo durante las cuales descansan dulcemente en los pórticos, y cuando Nerón está retirado hacen sacrificios voluntarios por su celeste voz, de la cual se rien interiormente; no se quejan de estar como toda la población de Roma, regimentados y disciplina-

(1) Suetonio, 40; Tácito, *Hist. I, 4*; Eutropio.

(2) *Hist. I, 5*.

(3) Suetonio, *in Vesp. 16*.

dos por un aplaudidor de teatros en honor del histrion imperial, batiendo las palmas ordenadamente y gritando *viva* á una señal del jefe y bajo el látigo de los centuriones: en nada de esto ven el menor ataque á su dignidad.

Y esta popularidad de Nerón se sostiene perfectamente: el incendio de Roma que la amenazó, no la destruyó; por el contrario, salió aun viva de él. ¿Nerón fué, pues, un gran príncipe porque agradó á la ínfima plebe de su tiempo, ó fué tan miserable su tiempo que tuvo admiradores y defensores de Nerón?

En cuanto al Senado, fué en la República lo que hoy la cámara de los lores en Inglaterra; la aristocracia constituía un poder legal, la union de las familias antiguas se consolidaba cada vez más con la estrecha y cordial asociacion de las nuevas. El Senado estaba sostenido por la aristocracia, y la aristocracia se sostenía á sí misma. Por esta razón Mario y César, los hombres más demócratas de Roma, no pensaron en disolver el Senado; y del mismo modo un escritor radical decía que si se disolviese la cámara de los lores, la aristocracia ganaría en poder más que perdería.

En tiempo de los emperadores el Senado fué, por el contrario, lo que la cámara de los pares en Francia, un gran consejo, pero no un poder vivo de la nación. Entonces no había en ninguna parte una reunion como esta de personas ilustres en todos sentidos; los nombres célebres, la riqueza, tenían allí sus representantes; las virtudes, el talento, la reputacion, tenían también cabida en el Senado como en tiempo de la República; pero este cuerpo no contaba con ningún otro fundamento; no era, para decirlo en frases modernas, la traducción de un hecho real; era una asamblea de hombres distinguidos, no un poder. Á pesar de la antigüedad de su nombre, y de los siglos que recordaba, solo encontramos en él un hecho algo notable en medio de tantas grandes transformaciones; era una asamblea más poderosa cuando se trataba del arreglo de los negocios que para una revolucion; más propia para hacer útiles servicios que para una resistencia enérgica. Y aunque hoy se desprecia al Senado bajo el punto de vista de su poco valor moral, en aquella época era muy venerado, como símbolo del único resto de moralidad que había en el mundo; tenía por virtud el que el emperador se aconsejase de él, por despotismo el amenazarlo. Su probidad débil é imperfecta como la de Burro y de Séneca, prudente consejera de los príncipes en los tiempos de su benignidad y virtud, quejosa y temerosa aduladora en los días aciagos, fué aun en aquel misero tiempo la pobre bandera de las personas honradas.

Quedan solo las provincias, ó más bien las legiones romanas; porque el poder residía solo en la fuerza material; esta sola, atendida la poca union que había entre los ciudadanos, vivía, pensaba, deliberaba; Roma eran los pretorianos; las provincias eran las legiones.

Al principio de cada reinado había un instante de bienestar para las provincias. Porque eran tantas las dilapidaciones que el procesar á los culpables era un medio seguro de hacerse popular un emperador nuevo. Los procesos contra los magistrados defraudadores eran considerados en el Senado como los procesos formados contra los enemigos del César; y Tiberio que reunió todas las tradiciones del imperio ganó mucha popularidad aliviando la situación de las provincias. Pero á medida que el vértigo del poder imperial iba dominando la cabeza del príncipe, el miedo ó el capricho, el dinero que se prodigaba, y las cabezas que se cortaban, hacían olvidar al principio y oprimir después á las provincias; se sacrificaban fácilmente los intereses lejanos á las pasiones que se tenían al lado, la Galia y la España al pueblo de Roma, las legiones á los pretorianos.

Las provincias no tenían el servilismo de Roma. Tácito nos pinta á un ciudadano de una provincia, hombre sencillo, que llega á un espectáculo en Roma cuando César estaba cantando, se queda atónito al ver aquel emperador que representa y aquel pueblo que le aplaude; se pierde en medio de aquel entusiasmo disciplinado, deja caer sus brazos de cansancio; grita cuando debe callar, calla cuando debe gritar, incomoda á los jefes de los aplausos, y por último, es golpeado por los centuriones (1).

Las legiones estaban en descrédito como las provincias. Los pretorianos eran los que sostenían á los emperadores, y por lo tanto eran premiados y enriquecidos por estos: veinte legiones (2), es decir, ciento veinte mil hombres eran todas las fuerzas romanas del imperio lejanas unas de otras y de Roma (porque el centro del imperio estuvo casi siempre sin soldados); diseminadas en el Rin, en el Danubio, en el Eufrates, en el Nilo, al pié del Atlas, encerradas en la prision marítima de la isla de Bretaña ó en la Península Ibérica y miradas con desconfianza; pues no se permitía voluntariamente ni la industria á la población, ni la guerra á los soldados. De los gobernadores unos eran libertos del César, hechuras de palacio que compraban los empleos por dinero y se reintegraban vendiendo la justicia; al despedirse para ir á gobernar su provincia, les decía Nerón: *Tú sabes lo que me hace falta*; otros eran jefes militares y por lo tanto sospechosos. Un general romano en las Galias concibió el proyecto de hacer un canal desde el Sena al Mosela, que estableciese una comunicacion importantísima entre dos mares; pero sus amigos le advirtieron que con esto podría aparentar querer ganar popularidad; y de este modo el temor de amedrentar al César, dice Tácito, aniquilaba todo pensamiento laudable. Galba en España, después de haber perseguido y castigado severamente y por mucho tiempo á los

concusonarios romanos, cambió de sistema diciendo que no se exigen cuentas al que nada hace (1). En cuanto á la guerra, ya Tiberio, viendo invadido el imperio por los Bárbaros, había preferido más bien disimular estos males que reprimirlos (2); tan temible le parecía una victoria. De aquí se siguió naturalmente, que después de verse rechazados incesantemente por César, por Augusto, por Germánico, que veían en ellos los destructores de Roma, las razas germánicas, al ver el largo reposo de los ejércitos romanos dijeron que César había quitado á sus generales el derecho de conducirlos á pelear con el enemigo (3), volvieron al ataque, una empujaba á la otra en contra del coloso, y en pocos siglos se hicieron irresistibles. Ya en tiempo de Nerón, los Frisones, atravesando bosques y lagunas, llevando en ligeras barcas á los niños y ancianos, invadieron las tierras romanas destinadas al arado que se defendieron; ya los Germanos á lo largo del Rin, los Partos al Oriente, y los Moros á Mediodía atacaron las fronteras del imperio y pusieron en peligro este gran cuerpo, que mal gobernado, se defendió á duras penas. Los trabajos de los césares eran mayores cada día, y los últimos que ocuparon el trono, mas animosos, pudieron culpar de sus desgracias á los primeros.

Pero las provincias, á pesar de lo humilladas que estaban, fueron las que dieron la señal á las legiones en el momento en que Nerón debía perecer. La Galia, que había sido sometida al poder romano rica y vigorosa, arruinada después por Calígula, y oprimida por las contribuciones que la impuso Nerón, sacudió la cabeza. El propretor Vindix, de origen galo y descendiente de los antiguos reyes aquitanos, convocó en lugar de un ejército, que no tenía, una asamblea nacional, y las antiguas razas célticas se indignaron al oír que se había visto al emperador cantar y declamar en las tablas. Todo el interior de las Galias tomó las armas, y Vindix vió pronto á sus órdenes cien mil hombres. Pero una nacionalidad era una cosa muy débil en contra de Roma, y era preciso que esta sublevacion de una «provincia inerme (4)» dejase de ser nacional para convertirse en militar. Vindix llamó, pues, á los jefes de los ejércitos romanos: escribió á Galba, procónsul de España, pidiéndole que se pusiese «á la cabeza del género humano.»

Galba, noble antiguo (descendiente de Pasifae, madre del Minotauro), veterano que se había confinado, por decirlo así, consiguiendo oscuras victorias sobre los Bretones y los Africanos, para evitar la crueldad de Cayo y el despecho amoroso de Agripina, y enviado después á la España Tarraconense cuando Nerón

(1) Suetonio, *in Galba, 10*.

(2) *Nec cui bellum permetteret*. Tácito.

(3) *Ereptum legatis jus ducendi in hostem*. Tácito, *Ann. XIII, 53*.

(4) Tácito, *Hist. I, 46*.

(1) Tácito, *Ann. XVI, 5*.

(2) Josefo, *De bello jud. II, 28*.